

Castellanos y catalanes

(Una fiesta de hermandad en 1930)



El 23 de marzo de 1930, los intelectuales catalanes agasajaron en Barcelona a «una representación de aquellos que en los días de persecución y negación, patentizaron su simpatía hacia nuestro esfuerzo cultural, nuestra lengua y nuestro espíritu». He aquí cómo se recibió en la plaza de San Jaime a dicha representación.

Víctor Manuel Arbeloa

Al caer la Dictadura, el clima de concordia era más propicio que nunca. Una lucha común contra el régimen de Primo de Rivera y una esperanza, también común, en el futuro democrático de España hacían más fácil el entendimiento y más dispuesta la voluntad en torno al problema de la libertad de los diferentes pueblos hispanos.

LOS intelectuales catalanes creyeron que era llegada la hora de demostrar público agradecimiento a los intelectuales castellanos, que un día del mes de marzo de 1924 habían roto una lanza en favor de la lengua y la cultura catalanas, prisioneras de la Dictadura:

«Creemos cumplir —terminaba aquel manifiesto— un deber de patriotismo diciéndole a Cataluña que las glorias de su idioma viven perennes en la admiración de todos nosotros y que serán eternas mientras exista en España el culto del amor desinteresado a la belleza.»

Firmaron el manifiesto castellano Pedro Sainz, Gregorio Marañón, Angel Ossorio, Angel Herrera, Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, Concha Espina, Gabriel Maura, Luis Jiménez de Asúa, Fernando de los Ríos, Azorín, José Albiñana, Juan Pujol, José A. Balbontín, Manuel Azaña, marqués de Lozoya y muchos más.

Un grupo de hombres de letras, catalanes y castellanos, los mismos que hicieron posible en 1927 la exposición del Libro Catalán en Madrid, prepararon con entusiasmo y mimo el nuevo acto de hermandad intelectual, que tendría lugar esta vez en Barcelona.

Casi toda la prensa madrileña acogió con agrado la idea. *El Debate*, que luego criticaría agriamente el contenido del encuentro, recalca la necesidad de cordialidad y comprensión entre las dos culturas, unas horas antes de

la llegada de los viajeros castellanos; y, reconociendo el pecado de alejamiento, cometido por ambas partes, cargaba sobre Madrid la mayor responsabilidad: *«La capital de España es algo más que un título honorífico para una gran ciudad. Supone precisamente ese fino espíritu de comprensión que reafirma el derecho a ser la capital de todos los españoles, por la capacidad de sentir, de amar y de luchar con todos ellos y por todos ellos».*

La invitación catalana decía así:

«Un grupo de catalanes, pertenecientes a los más diversos matices y tendencias, invitan a ustedes, en su calidad de hombres representativos de la intelectualidad y del espíritu castellanos, para que vengan a Barcelona y asistan al banquete de homenaje con que el día 23 del corriente mes de marzo deseamos demostrar nuestra gratitud a una representación de aquellos que en los días de persecución y negación, patentizaron su simpatía hacia nuestro esfuerzo cultural, nuestra lengua y nuestro espíritu. Nuestro acto quiere ser sencillamente cordial, de inteligencia, de comprensión, sin objetivos extraespirituales. Esperamos que ahora, sin mayores obstáculos, nos será posible exteriorizar nuestro sentimiento, y esperamos vernos honrados con la presencia de usted entre nosotros en Barcelona.»

Firmaban la invitación, entre otros: Jaume Ayguader i Miró, Gabriel Alomar, Jaume Bofill i Mates, Rafael Campalans, Pere Corominas, Joan Estelrich, Pompeu Fabra, Josep M. López Picó, Joaquim M. de Nadal, Lluís Nico-



La acogida del pueblo barcelonés a los intelectuales de habla castellana fue apoteósica. Desde el apeadero de Gracia hasta los diversos hoteles, un gran gentío acompañó a pie a los miembros de esta delegación cultural.



«¡Viva Cataluña y viva la libertad!», fueron las palabras con que Gregorio Marañón —miembro destacado de la representación madrileña— terminó su saludo a la multitud que se congregaba bajo los balcones del Hotel Ritz.

lau, Pere Rahola, Carles Riba, Llorenç Riber, Antoni Rovira i Virgili, Antoni M. Sbert, Carles Soldevilla, Josep M. Trías de Bes, Ferrán Valls i Taberner y Amadeu Vives.

Toda la prensa catalana, desde *El Correo Catalán*, queriendo ser fiel a su tradicional doctrina fuerista, hasta los periódicos nacionalistas más estrechos, prepararon calurosamente el recibimiento. Rovira i Virgili, uno de los máximos ideólogos del catalanismo, alargaba efusivamente su mano amiga desde su periódico, *La Publicitat*. El periódico de la Lliga, *La Veu de Catalunya*, uno de los más entusiastas, recogía unas palabras de Cambó, en su libro todavía inédito, publicado luego con el título *Per la Concordia*:

«El día en que por una acción coincidente de intelectuales castellanos y catalanes fueran quemadas y aventadas las dificultades subjetivas que dificultan una solución armónica del pleito catalán, todos quedarían sorprendidos de la facilidad con que podrían vencer las dificultades objetivas.»

En el número de bienvenida del mismo diario, el poeta catalán López Picó hacía una breve historia de los amistosos contactos habidos entre intelectuales castellanos y catalanes a lo largo del siglo: desde *la Cataluña* de Joan To-

rendell, abierta a firmas castellanas, hasta la nueva fraternidad creada en torno a *La Gaceta Literaria*.

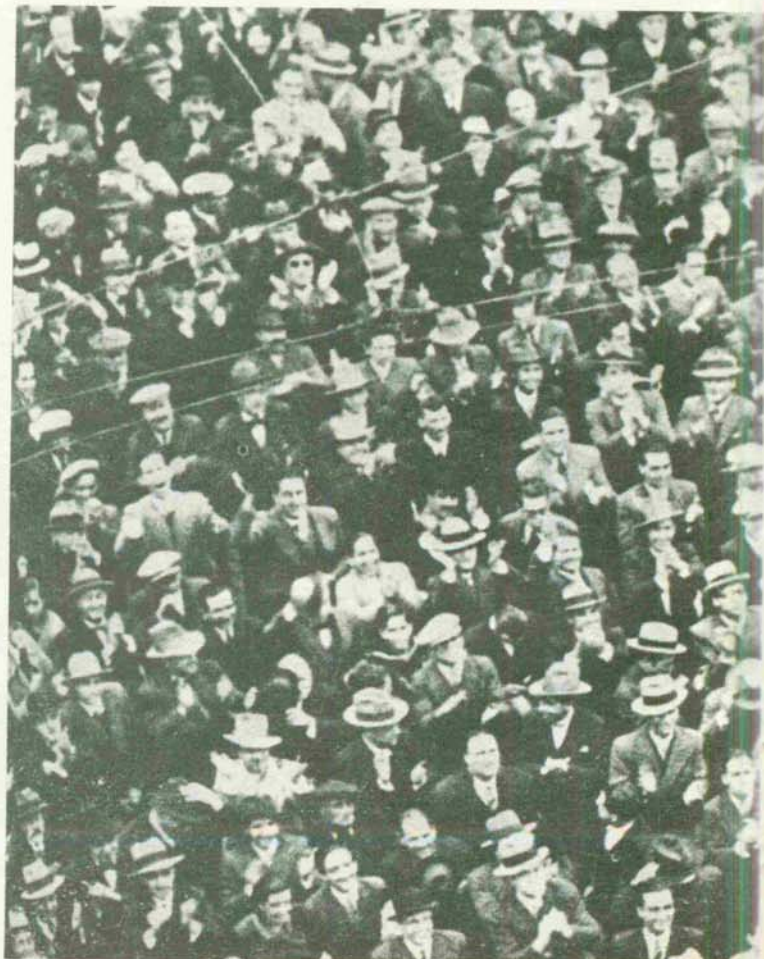
Con un bello artículo saludaba desde el órgano de Acció Catalana, Lluís Nicolau d'Olwer, a los visitantes castellanos:

«Con hombres liberales, como Luis Araquistáin, el entendimiento era ya un hecho; con quienes pensasen, como Unamuno, que condenaba la persecución dictatorial de la lengua catalana porque la fortalecía, todo entendimiento era imposible. Todas las libertades son solidarias; la dictadura será siempre un mal crónico en España mientras no se resuelva el pleito catalán.»

El mensaje del Ateneu Barcelonés, firmado por su presidente, Pere Corominas, repetía aquellas bellas palabras de Maragall:

«No es la armonía de fuera lo que hay que desear, sino la de dentro; que no es el mismo sonido de las palabras lo que nos hace hermanos, sino que lo somos por el único espíritu que les hace sonar diferentes en la variedad misteriosa de la tierra.»

Bajo el título «¡Castellans amics, salve!», Cecili Gassòliba, redactor del viejo diario republicano *El Diluvio*, escribía en lengua catalana



—inhabitual en aquella plantilla— un vibrante mensaje de cordial acogida:

«¡Salve, castellanos propicios! (...) Gracias, hermanos generosos que, al sentirnos caballeros de las libertades individuales, rompisteis también una lanza contra la opresión de las patrias. Por eso los catalanes tenemos con vosotros una deuda sagrada que no se paga con un sencillo homenaje.»

LA FIESTA

El recibimiento en Barcelona fue generoso y fervido. Un nutrido grupo de intelectuales catalanes, acompañados de estudiantes de la F. U. E. y de la Federación Catalana de Estudiantes Católicos, rodeados de una multitud densa y jubilosa, dieron a la llegada de los castellanos un ambiente de alegre fiesta. La manifestación siguió hasta el hotel Ritz, donde hablaron Marañón y Ossorio, y hasta el hotel Colón, donde saludó a la muchedumbre Pedro Sainz Rodríguez.

A las doce y media llegaron los visitantes al Ayuntamiento para asistir a un almuerzo, organizado en su honor por el alcalde de la ciu-



Otro miembro de la delegación, Angel Ossorio (ex-gobernador civil de Barcelona y, en esos momentos, presidente de la Academia de Jurisprudencia en Madrid) también se dirigió a los reunidos ante el Ritz. Del carácter popular de estos actos da idea la foto que se halla entre estas dos páginas.

dad, el monárquico liberal conde de Güell, y por los concejales del municipio. En el salón de Ciento, al patriótico saludo de la autoridad, contestó, en representación de los castellanos, Américo Castro con un corto e improvisado discurso, subrayando el carácter apolítico y espiritual de la celebración:

«Se ha hablado de cordialidad, de comprensión, de la conveniencia del diálogo; sí, a eso hemos venido. Nos encontramos aquí para iniciar el diálogo de las letras cuando ha terminado el monólogo de las armas.»

A las cinco de la tarde, el Orfeó Catalá dio un concierto en el palacio nacional en honor de los invitados. Millares de pañuelos se levantaron al aparecer los intelectuales castellanos, acompañados del alcalde. Al final, *El Cant de la Senyera* fue escuchado de pie y seguido de clamorosos aplausos. Fue tal vez el momento más emotivo de la jornada.

Por la noche, en el salón de fiestas del Ritz, se celebró el banquete, que fue el acto central del programa. Presidió la fiesta el presidente de la Real Academia de la Lengua, Ramón Menéndez Pidal. A su derecha se sentaron el presidente de la Academia de Medicina de Cataluña, August i Junyer; el de la Academia de Jurisprudencia de Madrid, Angel Ossorio; el





Luis Jiménez de Asúa, que había sufrido depuración durante el mandato de Primo de Rivera, recibe aquí a un grupo de estudiantes socialistas de Barcelona que acudió a visitarle a su hotel.

del Ateneo de Madrid, Gregorio Maraón; el del Ateneo barcelonés, Pere Corominas; el publicista y catedrático Américo Castro, y el decano del Colegio de Abogados de Barcelona, Ramón de Abadal. A su izquierda, el filólogo y principal creador del catalán literario Pompeu Fabra; los catedráticos de la Universidad de Madrid José Ortega y Gasset y Pedro Sainz Rodríguez; de la de Granada, Fernando de los Ríos; de la de Barcelona, Josep Serra Hunter; el helenista y director de *La Publicitat*, Nicolau d'Olwer; el novelista Ramón Pérez de Ayala, y el comediógrafo Gregorio Martínez Sierra.

Entre los restantes invitados castellanos se sentaban Alvaro de Albornoz, Julio Alvarez del Vayo, Luis Araquistáin, Manuel Azaña, César María Arconada, Ricardo Baeza, José Antonio de Balbontín, José Bergamín, Tomás Borrás, Luis Bagaría, Antonio Ballesteros, Luis Bello, Enrique Díez Canedo, Juan Bautista Bravo, José Castillejo, Juan Chabás, Pascual Galindo, Enrique Fajardo, Fabián Vidal, Ernesto Giménez Caballero, Victoriano García Martí, Ramón Gómez de la Serna, R. Gutiérrez de Abascal, Juan de la Encina, Alberto Insúa, Luis Jiménez de Asúa, Benjamín Jarnés, J. Jimeno Riera, R. Lasso de la Vega, Julio Just Jimeno, Ramiro Ledesma Ramos, Félix Lorenzo, Lorenzo Luzuriaga, Antonio Marichalar, Agustín Miralles, J. Moneva y Puyol, Eugenio Montes, Manuel L. Ortega, Gustavo Pittaluga, José María Ruiz Manent, F. Rivera, Pedro Salinas, José Antonio de Sangróniz, Claudio Sánchez Albornoz, José Subirá, Luis de Tapia, Nicolás María de Urgoiti, Ignacio Villalonga y Luis de Zulueta.

De los intelectuales castellanos que habían enviado al directorio, en marzo de 1924, el manifiesto en defensa de la lengua catalana faltaban no pocos: Angel Herrera, Jaime Torrubiano, Augusto Barcia, conde de Vallengano, Concha Espina, Gabriel Maura, Azorín, Melchor Fernández Almagro, Antonio Espina, Eduardo Ortega y Gasset, Andrés Ovejero, etc. Algunos de ellos, como Gómez de Baquero y Bonilla San Martín habían muerto; algunos otros, como veremos luego, enviaron su adhesión. Muchos que no firmaron el manifiesto —Giménez Caballero, Ortega, Galindo, Montes, Zulueta...— fueron invitados también: todos ellos habían mostrado simpatía, de una u otra manera, con la causa catalana.

La intelectualidad de Cataluña estuvo abundantemente representada. Citemos tan sólo, además de los antes nombrados, a Josep Almirall, Claudi Atmetlla, Beltrán Güell, Bertrán i Mussitu, P. Bosch Gimpera, Carles Capdevilla, M. Carrasco Formiguera, Lluís Carreras, Lluís Companys, Ramón Dalmaçes, L. Durán i Ventosa, F. Estapé, Joan Estelrich, Tomás Garcés, Gustau Gili, Antoni Griera, Amadeu Hurtado, Víctor Hurtado, A. López Llausás, Francesc Madrid, Jordi Maragall, Alfons Maseras, doctor Masriera, Joaquín Maurín, Josep Nolla, Antoni Palau, Jaume Pi i Sunyer, Josep Pla, Francesc Pujols, Pere Rahola, Xavier Regàs, Jordi Rubió, Josep M. de Sagarra, Ferrán Soldevilla, Carles Soldevilla, Jaume Subirana, Rafael Tasis, doctor Trueta, F. Tusquets, F. Valls i Taberner, F. Vallverdú, Vidal i Guardiola, Amadeu Vives...

A los postres, el editor López Llausás, de la comisión organizadora, leyó las adhesiones recibidas. Innumerables fueron las catalanas: Gabriel Alomar, Josep Carner, Octavi Saltor, Josep María López Picó, P. Miquel d'Esplugues... Entre los castellanos: Concha Espina, Elías Tormo, Santiago Alba, Juan José Morato, Jorge Jordana, Antonio Espina, Melchor Fernández Almagro, Roberto Castrovido, Gabriel Miró, Fernández Flórez, Angel Herrera, José María de Cossío... Los navarros: Arturo Campión, José Zalba, Julio Garbayo, José Ramón Castro... Los aragoneses: Ricardo del Arco, Luis Mur, Paulino Usún, etc.

«Para que la cordialidad de hoy —decía Cambó en su mensaje de adhesión— sea duradera y fecunda, hay bastante con que, si desde ahora en adelante, de una parte y de la otra del Ebro, surge quien intente perturbarla, reciba de los que hablamos su propia lengua, la merecida repulsa.»

El doctor J. Serra Hunter —que sería el primer

rector de la Universidad de Barcelona durante la República— ofreció el banquete. Terminó diciendo:

«Levanto la copa por la inteligencia castellana, por vuestra cultura y porque todos sentimos el anhelo de asociarnos en este momento de nuestra idealidad europea en una unión mejor.»

Hablaron a continuación Giménez Caballero, Sainz Rodríguez, Marañón, Ossorio, Ortega, Menéndez Pidal y Pi Suñer. Al final del banquete se cursó un telegrama al presidente del Consejo, por iniciativa de Sainz y de Ossorio:

«Presidente Consejo Ministros. Elementos culturales castellanos todas tendencias, después celebrar inolvidable acto confraternidad con catalanes, rogamos vivo empeño, estimándolo justicia, amplíese amnistía presos, desterrados por actos servicios ideales, revisión proceso Garraf, derogación disposiciones dictadura deprimen agravian Cataluña.»

El día 24, lunes, lo aprovecharon los intelectuales para visitar Sitges. Después de haber sido recibidos por el pueblo en masa, fueron agasajados en el Ayuntamiento, saludándoles el alcalde, Planas, a quien contestó Castillejo. De allí fueron al *Cau Ferrat*, engalanado para la visita, donde Rusiñol y su señora hicieron los honores. Antes de comenzar los discursos, el socialista catalán Josep Xirau leyó la adhe-

sión enviada por los obreros de Villanueva y Geltrú, que no querían conocer otra categoría ni otra aristocracia que la de la inteligencia, y enviaban a sus hermanos trabajadores castellanos un fuerte abrazo, pidiendo a todos sumarse al ruego colectivo de la amnistía. A los postres hablaron Vidal i Guardiola, vocal de la comisión organizadora, García Martí, Montes, Ballesteros, Valls i Taberner —éste en nombre de Joan Estelrich, ausente por enfermedad—, Luis de Tapia, Alvaro de Albornoz, Sbert, Urgoiti y Santiago Rusiñol, que fue aplaudido por todos, puestos en pie.

De regreso de la excursión, los escritores llegaron al palacio de la Generalitat y visitaron las principales dependencias, deteniéndose especialmente en la biblioteca. En el salón de Sant Jordi fueron obsequiados por el presidente de la Diputación, Maluquer i Viladot, recién llegado de Madrid, que dirigió unas cariñosas palabras a los invitados. Le contestó Claudio Sánchez Albornoz en nombre de los castellanos, y el doctor Moneva, catedrático de la Universidad de Zaragoza, que habló en las dos lenguas en nombre de los aragoneses. Por la noche, en el restaurante Patria, la Juventud Republicana de Cataluña invitó a una cena a los republicanos castellanos. Asistieron unos sesenta comensales. Ofreció el convite Lluhi Vallesca, fundador de *L'Opinió*, hablando después Samblancat, Companys y Serra Mo-



El alcalde de Barcelona, conde de Guell, ofreció una recepción en el Ayuntamiento a los intelectuales castellanos. Junto a él, la imagen muestra —entre otros muchos— a Azaña, Américo Castro, Ossorio, Martínez Sierra, Millares, Alvarez del Vayo, Ruiz Manent y Gómez de la Serna.

ret, éste en nombre de los socialistas catalanes. Dieron las gracias José Antonio Balbontín, Fernando de los Ríos y Manuel Azaña. El discurso de Azaña fue un gran y revelador discurso. «Era todo un programa de acción inmediata contra la Monarquía», escribiría Amadeu Hurtado. Al día siguiente comieron también juntos algunos intelectuales de izquierda, castellanos y catalanes.

Invitados por el diputado y editor barcelonés Gustavo Gili, se reunieron el mismo día a almorzar, en el típico restaurante Can Soler, de la Barceloneta, el fundador de *El Sol* y *La Voz*, Nicolás María de Urgoiti, los directores Félix Lorenzo y Fabián Vidal, junto con un grupo de colaboradores; entre ellos, los catalanes Pompeu Fabra y «Gaciel».

La mayoría de los huéspedes castellanos volvió a Madrid ese día. ¿Cuál sería el resultado inmediato del fraternal encuentro? ¿El fruto de tan floridos discursos?

Podríamos resumir en varias ideas - fuerza, ideas - esperanza, tantas y tan generosas palabras.

CATALUÑA, ESPERANZA DE ESPAÑA

Azorin, ausente de la fiesta de Barcelona, entregó a la prensa un mensaje de adhesión, desbordante de simpatía con Cataluña:

«Cataluña ha sido siempre en España la iniciadora de las renovaciones de carácter político y estético.

En la Edad Moderna, desde Boscán hasta nuestros días, las renovaciones literarias han partido de Cataluña. Lo mismo podría decirse de las artes plásticas, singularmente de la pintura.

En cuanto a lo político, la tesis de Francisco Pujols en su obra sobre la hegemonía de Cataluña en la política española es rigurosamente cierta. Y no se puede negar, sin embargo, la historia misma. El 22 de octubre de 1888, con motivo de la Exposición, pronunciaba Castelar en Barcelona un gran discurso. Uno de los pasajes de esa magna oración es confirmación anticipada de la obra de Pujols; y al referirse Castelar a las iniciativas de Cataluña, al señalar las obras civilizadoras de los tiempos antiguos, realizadas por los catalanes, hizo notar que en la ideología democrática del siglo XIX, han sido los catalanes los precursores. Catalanes como Abdá Terrades, Coello y Calvet (...). No sabemos cuál será el criterio de la momentánea y grata conjunción; pero, sea cualquiera el resultado, entiendo que es de necesidad imprescindible pedir la supresión total de la censura y la amnistía de todos los delitos políticos y sociales que anteriormente fueron amnistiados.»

Salvador de Madariaga, profesor de Literatura Española en Oxford y representante es-

Any XL. - N.º 10.546

Barcelona: Dimarts, 25 de març de 1930

10 cèntims

L'HOMENATGE ALS INTEL·LECTUALS CASTELLANS

La vibració ciutadana dona a la germanívola diada una transcendència històrica

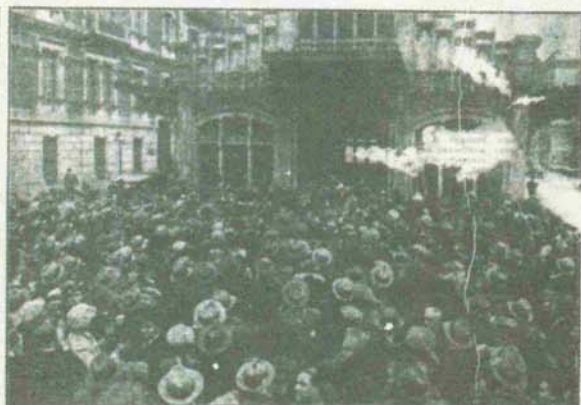
No és possible de recollir encara, en unes ratlles definitives, tot l'èxtasi de la magna manifestació de confraternitat i desig de convivència, iniciada dimenge. L'homenatge als intel·lectuals castellans, que en l'hora més fòrta de la Dictadura tingueren per a la nostra llengua i el nostre esperit un gest germanívola de solidaritat i de simpatia, evoca en tots els cors aquell altre homenatge tributat vint-i-tres anys enrera als diputats i senadors que combatieren la llei d'atenció de jurisdiccions. I si d'aquell altre homenatge sorgí la Solidaritat Catalana, el moviment decidit per a donar a la nostra terra la unitat espiritual i la consciència viva de la pròpia personalitat, cal esperar que d'aquest homenatge nou pugui néixer una Solidaritat Hispànica, un moviment decidit per a donar a les terres peninsulars, amb un ideal lèbic, l'únic contingut que pot empènyer de sentit actiu la inerta realitat geogràfica.

No podríem semblar tenebrista o ambiciosa aquesta interpretació optimista de l'homenatge actual, després d'oir els discursos dels senyors Américo Castro, Giménez Caballero, Sáiz Rodríguez, Ferrando de los Ríos, Gregorio Marañón, Angel Ossorio i Gallardo, José Ortega i Gasset i Ramon Menéndez Pidal, ratificats per tots els il·lustres companys de viatge i de cultura, en converses i declaracions d'amistat i afectuositat, que Catalunya aguesti amb tota la sinceritat de la seva ànima.

Ni fou tanroc arzar caprici que Gregorio Marañón i Ferrando de los Ríos, entre aplaudiments unànims, esmentessin el nom imperial de Prat de la Riba, el seu codenome de la nostra terra, el definidor ideològic de la convivència lèbrica.

La invitació dels intel·lectuals catalans als intel·lectuals castellans, esclatà expressament de l'acte de l'homenatge qualquevol finalitat exaltada-espiritual. Era un acte d'elemental cortesia i delicadesa per la nostra banda. Però els nostres amics castellans ens han fet veure, ben generosament, que política i cultura són inseparables. No hi ha activitat més espiritual que la política, i una política que intenció prescindir de la cultura restaria condemnada a l'infirmitat i al fracàs. Una roent tragèdia, ja històrica, ho ha demostrat un cop més.

No sabem però, amics castellans, el bé que hem fet a Catalunya amb la vostra generosa actitud. Catalunya venia patint de molt; ens encerra a l'incomprensió dels polítics i dels partits anteriors a la Dictadura, amb homages excepcions. Vingué després la Dictadura, que es presentava com una reacció contra la vella política i aquella, incomprensiva comiat i l'averitat encara. Sembla que a Madrid hi havia una coincidència total contra



L'arribada al Passeig de Gràcia

de l'oportunitat d'illustre professor Josep Ortega i Gasset, la tasca a emprendre és urgent.

Parlava el nostre il·lustre Fraguas Cambó, en un admirable capítol del seu famós llibre *Índex*, escrit tres anys enrera, de la possibilitat d'una concòrdia i de l'acció dels intel·lectuals castellans i catalans, per a fer-la possible i fàcil.

I deis aquestes paraules que avui els fets semblen voltar d'una actualitat, evocativa, i que tots voldríem que l'entemés confirmés com a profètiques:

Una altra ocasió, i amb el mateix en març, tira un es diàlog.

La recepció a l'Ajuntament

La recepció als homes castellans havia estat espectacular. No menys formal es preveia la recepció que s'havia de fer a l'Ajuntament.

La recepció era un acte realitzat per a les dones. Molts d'ells d'aquesta hora la Plaça de Sant Jaume va omplir-se d'homages i de senyors de l'horra, la Casa de la Ciutat va rebre l'arribada de les representacions de les diverses ciutats que s'havien congregat a la Plaça de Sant Jaume.

La recepció era un acte realitzat per a les dones. Molts d'ells d'aquesta hora la Plaça de Sant Jaume va omplir-se d'homages i de senyors de l'horra, la Casa de la Ciutat va rebre l'arribada de les representacions de les diverses ciutats que s'havien congregat a la Plaça de Sant Jaume.

VALORAR UN HOMENATGE DE SOLIDARITAT I DE CONVIVÈNCIA

El pols que es congrega a l'acte de solidaritat i de convivència, indica els agorts de l'autoritat que permetten que la gent pugui romandre congregada allí i la política va fer-ho així. L'arribada va ser espectacular.

ELS QUI ENEN AL VÍVOR

No cal dir que s'hi trobaven tots els intel·lectuals castellans i catalans. No cal dir que s'hi trobaven tots els intel·lectuals castellans i catalans. No cal dir que s'hi trobaven tots els intel·lectuals castellans i catalans.

EL XOFER NO VOL GOVERNAR

El xofer del país que diu que vol governar, és un xofer que vol governar.

no i los Rios de Castila lo que convida a la nostra recepció va les representacions de les diverses ciutats que s'havien congregat a la Plaça de Sant Jaume.

La recepció era un acte realitzat per a les dones. Molts d'ells d'aquesta hora la Plaça de Sant Jaume va omplir-se d'homages i de senyors de l'horra, la Casa de la Ciutat va rebre l'arribada de les representacions de les diverses ciutats que s'havien congregat a la Plaça de Sant Jaume.

La recepció era un acte realitzat per a les dones. Molts d'ells d'aquesta hora la Plaça de Sant Jaume va omplir-se d'homages i de senyors de l'horra, la Casa de la Ciutat va rebre l'arribada de les representacions de les diverses ciutats que s'havien congregat a la Plaça de Sant Jaume.

VALORAR UN HOMENATGE DE SOLIDARITAT I DE CONVIVÈNCIA

El pols que es congrega a l'acte de solidaritat i de convivència, indica els agorts de l'autoritat que permetten que la gent pugui romandre congregada allí i la política va fer-ho així. L'arribada va ser espectacular.

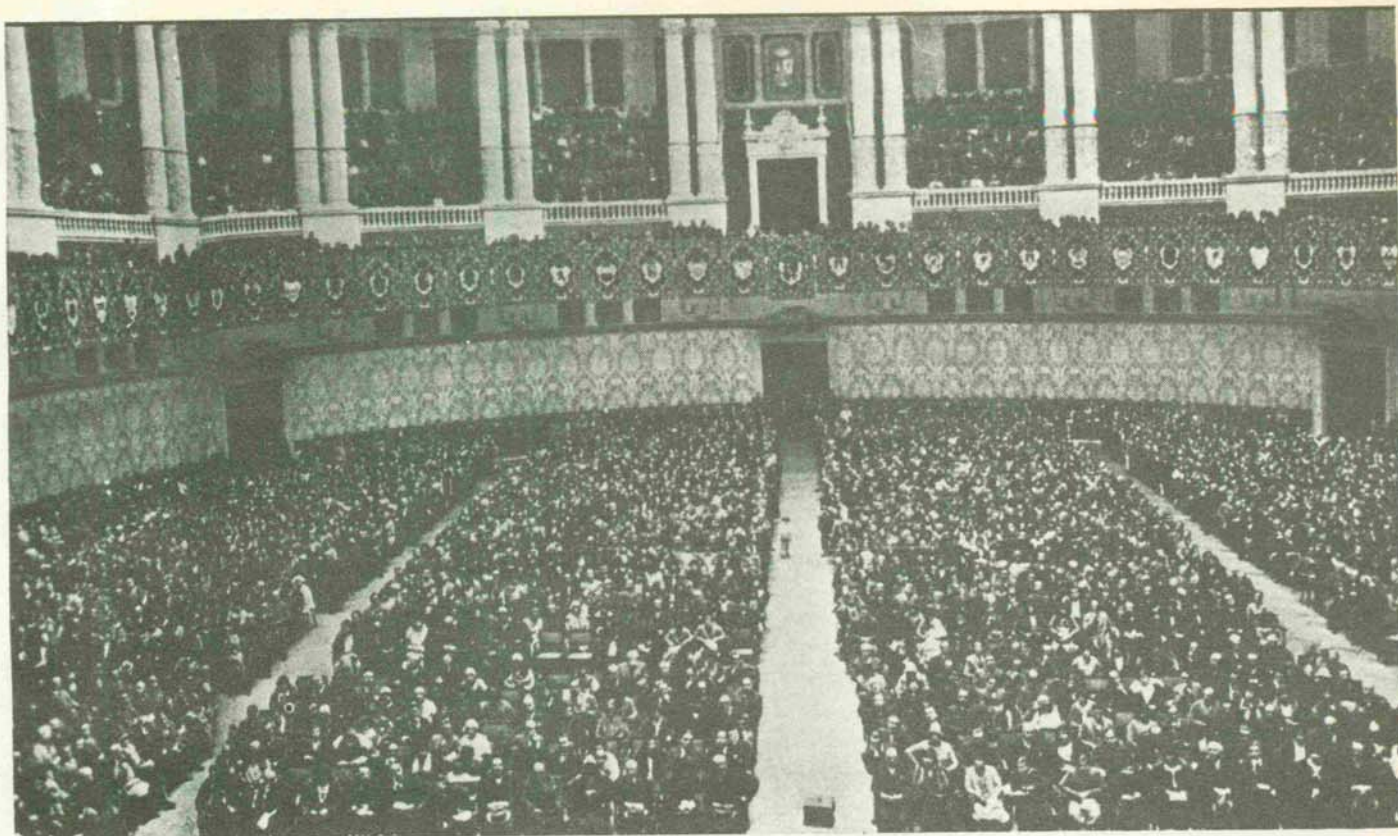
ELS QUI ENEN AL VÍVOR

No cal dir que s'hi trobaven tots els intel·lectuals castellans i catalans. No cal dir que s'hi trobaven tots els intel·lectuals castellans i catalans. No cal dir que s'hi trobaven tots els intel·lectuals castellans i catalans.

EL XOFER NO VOL GOVERNAR

El xofer del país que diu que vol governar, és un xofer que vol governar.

Los diarios barceloneses volcaron su mejor entusiasmo sobre el amplio grupo de intelectuales que —favorables a Cataluña en los duros momentos de la Dictadura— recibían ahora el agradecimiento popular. Estos titulares que reproducimos son testimonio de ello.



Aspecto general del Palacio Nacional de la Exposición durante el concierto ofrecido por el Orfeó Catalá —bajo la dirección del maestro Millet— a los intelectuales invitados. Obsérvese el lleno absoluto que ofrecía la sala.

pañol en la Sociedad de Naciones, decía en su carta: «España entera debe a Cataluña el haberle planteado un problema vital. Como Segismundo, de vuelta en su cueva, sabía que no había soñado sólo porque recordaba a su amor, España, cuando despierte, sabrá que no ha estado muerta, porque vibraba Cataluña. El problema catalán es la forma catalana del resurgimiento español. Y este resurgimiento ha de llevarnos a una España grande, tan grande que en ella quepa a sus anchas Cataluña libre... y sobre sitio.»

«Sobre todos pesa —decía Alvaro de Albornoz en Sitges— una gran responsabilidad histórica. Si Cataluña está dispuesta a ello, debemos levantar su espíritu para que sea el Piamonte de la nueva unidad hispánica.»

Y Ernesto Giménez Caballero, en su discurso del Ritz, después de recordar gozosamente el camino andado desde diciembre de 1926, concluía en lengua catalana:

«Catalans, com a poble que sou, fort, unànime, veniu a Espanya i feu una Espanya unànime, moderna, forta, com Catalunya.»

CATALUÑA Y CASTILLA HACIA LA ESPAÑA NUEVA

«Es un milagro —decía Ortega en la misma ocasión— que nuestro país subsista todavía.

Hace años que el poder público se dedica a destruir realidades profundas y a fomentar fenómenos fantasmales. Durante cincuenta años el poder público español se ha dedicado a prescindir. Acusándolo de «áspero» quiso prescindir del problema catalán, en lugar de incorporarlo en magnífica arquitectura al problema peninsular. Y no puede decirse que todo esto haya sido por culpa de un exceso de poetas, filósofos o historiadores en el poder público. Salvada la mayor distancia —Cataluña y Castilla— hay que avivar el deseo firme de una coincidencia que permita todas las disidencias, hay que aprovechar todas las energías. Si esta noche implicase el comienzo de este hecho habría que reconocer que no ha sido tan vana la existencia sobre el planeta de las letras catalanas y castellanas.»

«No puede España gozar de paz espiritual —escribía Gabriel Maura en su carta de adhesión—, cuando no existe allá en Cataluña; ni tampoco Cataluña de un buen gobierno, como no lo tenga Madrid.»

«Estamos asistiendo —exclamaba Pedro Sainz Rodríguez, el más aplaudido de todos los oradores, antes y después de su perorata— al proceso de descomposición del Estado español, que se inicia en la Asamblea de parlamentarios, y del cual es tan sólo un episodio la extinta dictadura, y en estos momentos Cataluña puede servirnos de guía y de modelo en

la reconstitución de nuestro país. (...) Las bases de una España grande han de asentarse sobre dos negaciones. No asimilismo. No queremos asimilar a Cataluña, queremos estudiarla, y entonces Cataluña contestará con un 'no separatismo'.

«Catalanes y castellanos —proclamaba Marañón, hablando en nombre del Ateneo de Madrid— nos hemos dado cuenta de que el destino de España está jugándose ahora para muchos decenios, quizá quién sabe si para siempre, y que la responsabilidad de este momento gravita en gran parte sobre nosotros.» Catalanes y castellanos —concluía— están llamados, «unidos en una misma fe civil», a hacer una España «varia y única, federada y moderna», para lo cual están dispuestos a arrostrarlo todo: «La persecución de tantos de nosotros conocida, y el enemigo, más temible que la persecución, de la blandura del ambiente, de la conformidad y halago de lo establecido, de la incapacidad, del miedo a la acción y al pensamiento que son hoy nuestra verdadera dictadura.»

Y Fernando de los Ríos, en su discurso —«el millor dels discursos, malgrat un petit excés de retórica», según Mirador— puso el dedo en la llaga: «Estamos sometidos a la idea de homoge-

neización, nosotros que somos el pueblo de más variación. Hemos puesto a España una vestidura jurídica y estrecha y realizado una centralización (...), y a esta razón también obedecen esos problemas que a vosotros os causan tanto dolor: a la armadura de nuestro Estado que es bizantino y cesaropapista. Cuando visten de luto las lenguas y los Fueros es que hay algo más hondo que está siendo víctima de mancilla: la libertad civil, y para luchar contra esto hemos de pedir la ayuda de la juventud para que, cuando se planteen problemas de carácter general y grandes dimensiones, nos aporte su colaboración. Para terminar, deseo pronto volvamos a reunirnos para festejar la epifanía civil de España que nos permita celebrar con mayores libertades estos actos.»

LAS ASPIRACIONES DE CATALUÑA

Nadie dudaba entonces del derecho de Cataluña a sus más entrañables libertades. Algunos no dudaban en declararlo con espléndida rotundidad: «Soy un admirador y propagador de la cultura catalana —decía Castillejos— y admito el hecho catalán con todos sus desdo-

Los visitantes quisieron trasladarse hasta Cau Ferrat para homenajear a Santiago Rusiñol. Tras hacer una visita a la casa-museo del pintor (momento que recoge la foto adjunta, en la que puede distinguirse a Luis Araquistáin, Félix Lorenzo, Victoriano García Martí y Ramón Gómez de la Serna, entre otros), departieron durante largo rato con él, posando a su alrededor en la imagen de la derecha (dentro de la que se reconoce al propio Rusiñol —en el centro— Luis de Tapia, Díez Canedo, Manuel L. Ortega, Alvaro de Albornoz, García Martí...).



CÁMARA-FIO



blamientos y con todos sus derechos, hasta donde quiera la voluntad de Cataluña.» «En cuanto al hecho catalán —declaraba José María de Cossío a los periodistas— lo acepto íntegramente, hasta las extremas consecuencias de su evolución.»

Casi lo mismo exponía el fundador de *El Sol*, Nicolás María de Urgoiti: *«Admito el hecho diferencial catalán con todo lo que significa y con todas sus consecuencias. Con comprensión y afecto se puede llegar a todas partes.»*

«Si la voluntad de Cataluña —decía Manuel Azaña a un redactor de La Publicitat— fuese un día remar sola, justo sería permitirlo (...). Le deseamos buena suerte, hasta que, cicatrizada la herida, pudiésemos restablecer, al menos, relaciones de buenos vecinos. (...) Si hemos de vivir juntos, ha de ser en virtud de una federación. (...) Queremos la libertad catalana y española. El medio es la revolución. El término, la república, y la táctica, poner una barrera incommovible al confucionismo y a la bastardía.»

RUBIO I LLUCH, EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

El mismo día 25, domingo, se celebró en la Real Academia de la Lengua, en Madrid, la

recepción del nuevo académico catalán Antonio Rubió i Lluch, presidente del *Institut d'Estudis Catalans*, a quien *El Sol* llamaba, en un editorial de felicitación, «émulo de Menéndez y Pelayo», «patriarca de las letras de Cataluña» y «representante de todo el renacimiento catalán».

Le acompañaron en su ingreso Mosén Lorenzo Ribera, exquisito escritor mallorquín, y Ramón Cabanillas, que eran los académicos más recientes. Presidió el acto el ministro de Instrucción, duque de Alba, y con él los académicos Cano, Rodríguez Marín y Cotarelo. Asistieron numerosos miembros de la corporación, entre ellos el académico electo Eugenio D'Ors. Serafín Álvarez Quintero leyó el discurso de Rubió sobre el tema «Del nombre y de la unidad literaria de la lengua catalana», tan actual entonces —según afirmaba el nuevo académico—, «ya que, en nuestros días se pone en duda y se discute el nombre genuino y castizo de la lengua catalana, su unidad histórica, literaria, geográfica y filológica». Al final de su discurso —al que contestó Rodríguez Marín, discípulo de Milá i Fontanals— hizo un canto de afirmación ecuménica de la unidad literaria del verbo catalán, arcaico en Mallorca, castellano en Valencia, afrancesado en el Rosellón, italianizado en Alguer. Canto al idioma común, «engendrador supremo de cultura, sello

superior de dignidad, estímulo vigoroso del más alto pensar y del más hondo sentir».

El día 27, en el restaurante Tournié, de Madrid, fue obsequiado el nuevo académico catalán con un banquete al que asistieron un centenar de comensales, entre ellos algunos de los viajeros a Barcelona el domingo anterior, como Menéndez Pidal, Díez Canedo, Pedro Sainz, García Martí y Ruiz Manent; a los que se sumaban D'Ors, Blanca de los Ríos, González Amezúa, P. Bruno Ibeas, Basilio Alvarez, Leopoldo Calvo Sotelo... Hubo discursos y adhesiones. Rubió recordó su nacimiento en Valladolid y cómo su cuna fue mecida por canciones castellanas y catalanas, por lo que desde pequeño aprendió a sentir y amar por igual a Cataluña y a Castilla. Pedro Sainz y Julio Casares propusieron la idea de traer a Madrid el *Orfeo Catalá*. Inmediatamente se abrió una suscripción, que alcanzó la cantidad de 3.000 pesetas. Fue la fiesta un epílogo de la del domingo anterior en Barcelona; una respuesta de Castilla a Cataluña en el largo diálogo emprendido hacia el futuro de una mayor comprensión.

LAS RESERVAS DE LOS PRESENTES Y DE LOS AUSENTES

Las impresiones de los intelectuales castellanos sobre el homenaje de Barcelona no pudieron ser mejores. Todos los periódicos y revistas recogieron los entusiasmados pareceres de algunos de ellos. Entre los catalanes, algunos, como Joan Estelrich, se sentían plenamente satisfechos por haber obtenido cuanto podían esperar. Otros, como Carles Soldevilla, se mostraban más cautos: no se podía dar carácter de compromiso o de pacto a lo que sólo era un acto de generosa simpatía. Ni se podía caer en la avaricia de obtener un rédito cualquiera de la hospitalidad catalana. Cierta que desde los Reyes Católicos no se habían sentado a la misma mesa tantos hombres representativos de Cataluña y de Castilla. «Pero —continuaba el fecundo escritor catalán— quiero dejar al futuro, obra de todos nosotros, suma de tareas y de azares, síntesis de sentimientos y de ideas, el trabajo de esclarecer si este encuentro de hoy es un simple fruto de la facilidad de las comunicaciones materiales o bien la aurora de un posible entendimiento.»

Rovira i Virgili, máximo teórico e historiador del catalanismo, quería quitar, a quienes se la hicieran, la ilusión de que aquel acto de fraternidad y de reconocimiento del idioma cata-

lán bastase para resolver todo el problema complejo existente. Si se sentía cerca de Pedro Sainz Rodríguez y, sobre todo, de Fernando de los Ríos, se sentía más alejado de Ossorio, de Menéndez Pidal y de Ortega. En el diario vespertino fundado —hacia tres años— y dirigido por él, resumía, con un apóstrofe cordial, su opinión del momento: «*Amigos de Castilla: no os pedimos que toméis ante nuestro problema una actitud de catalanistas. Si alguno la tomáis, os lo agradeceremos y os tendremos no ya por amigos, sino por hermanos. Lo que os pedimos a todos vosotros, a los más lejanos y a los más próximos, es una actitud de liberales.*»

Entre algunos intelectuales que no habían asistido a la fiesta aparecieron pronto algunas reacciones negativas. Eugenio D'Ors, ausente de los actos de Barcelona, ponía unos cuantos puntos sobre las «ies» políticas y culturales de aquel luminoso tablero, en unas declaraciones a *La Gaceta Literaria*: «*La tesis liberal de los intelectuales del Ritz ¿no era todo lo contrario de la tradicional tesis nacionalista catalana?*»

El Debate, diario católico conservador de Madrid, dirigido por Angel Herrera, refiriéndose a su propio comentario del día 22, escribía:

«*Hoy conocemos lo que el acto ha sido prácticamente. Pudimos preverlo desde el momento que se dieron al público los nombres, la mayoría de ellos bastante significativos, de los asistentes. La verdad, sencillamente la verdad, es que los objetivos extraespirituales han sido enfilados de frente y a pasión descubierta y, más que mostrarse de acuerdo, catalanes y castellanos, en el respeto a la lengua nacional, se han unido negativamente en el ataque irrespetuoso al Gobierno de la Dictadura. ¡Precisamente el día en que la Prensa del mundo civilizado concedió honores de gran estadista al dictador, publicando sus serenos y patrióticos artículos!*»

Sigue un espacio «visado por la censura» y termina el suelto:

«*Comprenderá la opinión catalana que esto es perjudicar su propia causa y hasta justificar lo que hemos dado en llamar 'incomprensión'.*»

Y el *A B C*, siguiendo su combativa tradición —en un artículo del mismo día, que *La Veu* calificaba de «inqualificable»—, puntualizaba que sólo dos hombres de la derecha habían sido invitados: Gabriel Maura y Angel Ossorio, y sólo «el tristemente famoso gobernador civil de la Semana Trágica» había asistido; no se había hablado de la unidad nacional, sino de la unidad del Estado, ni se mencionaba la patria ni se gritaba «¡Viva Espa-

Cordialidad intelectual entre catalanes y castellanos

Los actos de Barcelona

EDITORIAL

Las relaciones culturales entre castellanos y catalanes, a partir del renacimiento romántico en el siglo pasado de la literatura en lengua catalana, no tuvieron expresión firme y eficaz hasta la Exposición del Libro Catalán organizada e iniciada por la GACETA LITERARIA, en diciembre de 1927 y como consecuencia de su programa básico de convivencia y colaboración peninsular. (El 1.º de enero del mismo año Pi Suñer inauguraba nuestro periódico con un artículo en catalán.)

Hasta entonces habían existido vanas tentativas de comprensión y secuencia desde Madrid. Pero aisladas e incluso arbitrarias. El primer acto conjunto fue el mensaje de los intelectuales castellanos, que la dictadura acogió creando los sillones regionales. Pero nuestro periódico, tenazmente, durante cuatro años de difícil existencia, fué abriendo camino y haciendo posible el acto inolvidable que va reseñado a continuación.

que el recíproco respeto de la más íntima de las libertades humanas.

L'actual moviment de simplicitat ja farà molt si ens permetia d'avançar en el camí de la veritat. Una qüestió clarament i veridicament exposada, per la sola virtut d'aquesta exposició, comença a ésser resolta. En intentar-ho tampoc no ens arriquem a perdre el benefici d'una amistosa relació, per tal com no pot haver greuge en la resolució d'allò que constitueix l'essència de la nostra vida.

La llengua catalana és el nostre verb com a homes que som, i tant si volem com si no volem no en tenim d'altre que sigui substancial amb la nostra ànima. Per això considerem baldera, fins quan no hi ha hostilitat en la intenció, tota qüestió pròvia

altos intereses del espíritu que han de luchar por iguales ideales de civilidad, de progreso y de grandeza.

Se agrupan ahora del lado Madrid y del lado Barcelona representantes de todos los matices del pensamiento ibérico. Podemos diferir, los de Barcelona y los de Madrid, en concepciones políticas y en ideas sociales. Coincidimos todos en un mismo amor y en un idéntico respeto a las manifestaciones de la cultura y a la soberanía de la inteligencia.

El espíritu tan alto y tan cultivado, catalanista tan ferviente como Luis Nicolau d'Oliver, en un artículo titulado "Hablar claro es cortesía" publicado en "La Publicitat", decía comentando las facilidades y dificultades para una mutua inteligencia:

"Por lo demás, no creemos que esa inteligencia, aunque fuese cordialmente realizada, tuviese la virtud de resolver nuestro pleito. Y la razón es clara: los intelectuales no han podido imponer al Estado las soluciones de libertad y de cultura que personalmente les afectan. ¿Cómo podrían, pues, imponerle además las que nos afectan a nosotros? El Estado es todavía demasiado fuerte frente a ellos. No pueden transformarlo. La transformación exige que, no sólo los intelectuales sino la gran masa popular, sienta

Salvo periódicos conservadores como «ABC» y «Ya», la Prensa madrileña —aquí representada por «La Gaceta Literaria»— dio la importancia que merecía a lo que podríamos llamar «Pacto de marzo en Barcelona», cuya transcendencia cabe parangonar con el «Pacto de San Sebastián».

ña!», sino «¡Viva Castilla!», a lo más. «De una y otra parte —escribía el diario monárquico— la frase «Federación republicana» ha definido el carácter político del encuentro, político no como aspiración futura, político en el provecho ocasional para el sufragio, para la amnistía contra los delitos de la Patria sentenciados por los tribunales ordinarios.»

UNA ASAMBLEA DE PARLAMENTARIOS DE LA CULTURA

La fiesta de hermandad intelectual celebrada en Barcelona había sido, en verdad, todo un acontecimiento político. Una verdadera asamblea de parlamentarios de ambas culturas. Ciertamente que, como aconsejaban algunos intelectuales catalanes, no podían echarse las campanas al vuelo, pero, como escribía el mallorquín Antoni María Sbert —presidente entonces de la Federación Universitaria Escolar (F. U. E.)—, se había dado el primer paso: el del respeto; luego vendría el de la colaboración para conocer y definir los puntos que unían y separaban. Se había llegado también —y esto D'Ors lo reconocía paladinamente— a una coincidencia clara en el reconocimiento de los pueblos hispánicos dentro de un estado, más o menos federal.

A pesar de algunas protestas públicas de apolitismo y de los no disimulados intentos de otros por la politización del encuentro, la eficacia política, indirecta o directa, de éste fue indudable. Se ha hablado mucho del «Pacto de San Sebastián», y se ha dejado en el olvido,

muy injustamente, este otro pacto político a través de la cultura: el pacto de marzo en Barcelona. Algunos de los políticos más importantes de la vida de la segunda República estaban allí, y allí se encararon directamente con algunos de sus temas más urgentes: Aznar, Jiménez de Asúa, Luis Araquistáin, Fernando de los Ríos y el que iba a ser presidente de la comisión parlamentaria de estatutos, Luis Bello. «Ahora podrán comenzar los partidos —comentaba *El Sol*— su acción, si la quieren, arrancando de ahí. Si no, todo, absolutamente todo, será inútil, y los tumbos serán más trágicos y más cómicos que los de una cometa desproporcionada y suelta en un viento de marzo. Y, sin embargo, no pudo haber actos políticos más intensos y cargados de trascendencia que esos homenajes y esas cordialidades. Bien dijo Ortega y Gasset que no hay de hecho intelectual que no sea político, y en Barcelona, seis años de actos intelectuales ahogados en el silencio, habían de causar la explosión política que toda la ciudad vio y toda España conoce.»

Carles Soldevilla, en su artículo ya citado, pensaba que no había por qué preocuparse demasiado de las consecuencias: «Lo que es típico en la actuación del verdadero intelectual es el no preocuparse de las consecuencias de sus actos, el hacer las cosas porque hay que hacerlas, no porque produzcan o dejen de producir un efecto. Obrar de otra manera es obrar como un político, no como un intelectual.»

Distinción que muchos de entre los mismos participantes a las fiestas de Barcelona no suscribirían, y que la ya cercana segunda República española iba a poner a dolorosa prueba. ■ V. M. A.